

vivo y lleno de sobrecogedora belleza y de atractivo vital.

Previsiones de futuro son también meditación del paso del tiempo. Es lo que ocurre con poemas como «Dentro de cierto tiempo...», poema de futuro realizado bajo la presión del paso y del peso del tiempo («Las manos a la espalda, pasearás bajo el sol,/ en una tarde/ como ésta quizás...»). Un futuro y una segunda persona que no son ya sino un presente y una clara primera persona trasfiguradas por la mano del poeta, que logra así una manipulación de las coordenadas reales de persona y tiempo. Es lo mismo que sucede en la reviviscencia clásica de «Los templos serenos», donde el poeta podrá hallar un futuro que finalizará el día de la última ola, expresión de una nueva y enriquecedora simbología del mar y de sus componentes.

Belleza por tanto aprehendida con entusiasmo, y verdad en su intelección y recreación. La retórica limpia y clara de una poesía que permite encuadrar a Carlos Clementson en las más prestigiosas corrientes de la poesía española actual, que huyen del artificio de una retórica hueca y buscan en la autenticidad de los mundos poéticos y en la naturalidad de un estilo abierto y vital, la verdad de una creación artística altamente estimable. A ella aporta Carlos Clementson la obsesiva presencia del tiempo que huye, pero también el entusiasmo y el vitalismo de una vivencia casi religiosa de la naturaleza como creencia y como adhesión, de una naturaleza que es sentida y creída en todos sus elementos, en todos sus impulsos, aquí representados en la gran lección del mar-protagonista, del mar-símbolo, junto al cual el sol refleja «la luz sobre las rocas».

Del tiempo y la memoria

Francisco Sánchez Bautista
Academia Alfonso X el Sabio
Murcia, 1986

Santiago Delgado

Con todas las cautelas que tal aserto requiere, podemos afirmar que un autor ha llegado a la más

alta madurez expresiva posible (o, dicho de otra manera, ha logrado registros de clasicidad) cuando alcanza lo que podemos llamar su propia «poémica»; quíerese decir, unos temas, unos tonos, unos tratamientos, unas insistencias que dan personalidad, voz propia y clara, y resonancia de clásico a todo cuanto escribe a partir de haber llegado a esos términos hasta aquí descritos.

Verdaderamente, la lectura de «Del tiempo y la memoria», de Francisco Sánchez Bautista hace aflorar conclusiones en apariencia excesivas como las del párrafo anterior. La «poémica» de este autor amalgama tragedia y serenidad, ternura y protesta, muerte y vida, naturaleza y pensamiento. Ese tremendo instrumento poético que sigue siendo el soneto sirve para vehicular, elegiacamente, el hondo desencanto del poeta ante una modernidad profanadora de humanos sentires y hurtadora de Arcadias ignorantes de sí mismas, Arcadias, ¡ay!, que sólo tuvieron conciencia de serlo cuando perdieron tal condición. La huerta de Murcia, todo el paisaje cantado, añorado por Sánchez Bautista se hace llanto poético, auténtico y sentido, pero viril, en estos endecasílabos que no hacen concesiones a ningún efectismo de falsa vanguardia ni experimentalismo fatuo. «Del tiempo y la memoria» nos da testimonio de diversos dolores del poeta, de su infancia y juventud, del paisaje que entonces gozaba, del tiempo que pasa y ofende, del amigo perdido. Por eso, más que lo elegíaco, creo que es posible y aun preferible, resaltar el tono moral, en el sentido áureo del término, en el que toma en la «Epístola moral a Fabio», por ejemplo; entendido como un recuperar para la poesía la que fue su más alta misión conocida, la de elevar al individuo en su más auténtica condición humana. Es como un último servicio de la hoy frívolamente despreciada Poesía Social, a la Literatura: recordar que la poesía no debe ser un mero ejercicio de cultismo retórico, vacío y decadentemente hermoso, narcisista en fin; ni un higiénico e individualista acto de impudor intimista, personal y casi intransferible; tampoco la estupidez de la escritura automática y surrealista. Sánchez Bautista devuelve a la poesía su condición moral, porque nos habla, universalizándolos, de sus temores y dolores, sin ninguna armazón filosófica prefabricada, y sus dolores son el paisaje destruido, que él mismo ha visto destruirse: el tiempo que le duele, en su cuerpo y en su horizonte vital; y el mismo dolor de ser hombre, sometido al tiempo y a la memoria.

Tal es la «poémica» de Sánchez Bautista, extraída de su propia vivencia, y de la lectura del clásico asimilado, no de lo previa y fraudulentamente poetizado; mucho menos, del ejercicio verbal, tan seductor. Se trata, pues, de una «poémica» moral; la «poémica» de un clásico.